29 Febrero 1908 — Año I — Número 4

El Mundo Militar

REVISTA DECENAL ILUSTRADA

El nuevo uniforme
de la Caballería española.

30 céntimos número.

Fundador propietario: MIGUEL GISTAU
Director literario: DANIEL COLLADO

CARLOS KNAPPE

TELÉFONOS DE ALTA VOZ, DE CAMPAÑA

MIX Y GENEST

Para comunicaciones militares, en tipos varios para Infantería, Caballería, Artillería é Ingenieros.

Por Real orden de 21 de Mayo de 1907 han sido declarados reglamentarios para la Artillería, y se han ensayado con brillantes resultados por la Academia de Infantería, Escuela de Tiro y diversos Cuerpos y unidades de Infantería, Caballería, Artillería é Ingenieros.

Motores para las fábricas de Artillería.
Explosores magneto eléctricos.
Aparatos de precisión y laboratorio.
Optica militar * Gemelos Goerz de campaña.

Proyectores de campaña * Linternas eléctricas.
Arcos voltaicos * Acumuladores.
Cables especiales para uso del Ejército y de la Marina de guerra.

Los pagos al contado ó á plazos.

Presupuestos y planos para instalaciones completas en plazas fuertes, costas, etc., etc., según las instalaciones modernas ejecutadas por la Casa

MIX Y GENEST

de Berlín, en el Ejército y la Marina alemana.

Talleres para la reparación de toda clase de aparatos eléctricos.

CARLOS KNAPPE

CLAVEL, 2 — MADRID

EL MUNDO MILITAR

AÑO I | MADRID 29 DE FEBRERO DE 1908 | NÚM. 4

Fundador propietario: MIGUEL GISTAU ✻ *Director literario: DANIEL COLLADO*

PARA LA CABALLERÍA

EL NUEVO VESTUARIO Y EQUIPO

Que todas las Armas y Cuerpos están necesitados de uniformes cómodos, apropiados á las exigencias que imponen los modernos armamentos, y que reúnan multitud de condiciones, antagónicas muchas de ellas, es una verdad muy conocida de todos.

Pero una racha de constantes cambios en Infantería y Caballería sobre todo, trajo la consiguiente reacción, haciendo que en estos últimos años hayan sido pocos los Ministros que abordasen resueltamente el problema. A lo sumo se hicieron pequeñas intentonas que, sin orientación fija y por la inestabilidad de quienes lo decretaban, tuvieron escaso resultado. Ahora parece que el problema marcha en vías de solución, siendo de esperar resulte algo útil, dado el sistema que se emplea, y es el más lógico. Elegir un tipo; ensayarlo y ver en la práctica las deficiencias que tenga, modificándolo para llegar á un final satisfactorio.

Tal es lo que está haciendo el Arma de Caballería para conseguir encontrar y dotar á sus unidades de un uniforme de campaña y nuevo equipo.

Una Comisión compuesta de los coroneles D. José Cortés y D. Joaquín Roselló, del comandante D. Felipe Navarro (ayudante de S. M. el Rey), y de los capitanes D. Pablo Montesinos, duque de la Victoria y D. Felipe Escalada, ha presentado á la aprobación de la superioridad, un modelo de uniforme y equipo, del que podrán formarse idea los lectores por el fotograbado de nuestra portada y los que á estas líneas acompañan.

Sargento de la sección que ensayará el nuevo uniforme.

Ellos nos evitan la consiguiente descripción; sólo diremos que el vestuario es de paño de color gris verdoso—incluso el casco que se plega fácilmente, por no tener armadura alguna, siendo además de una ligereza increíble —, estando todas las prendas impermeabilizadas.

Con holgura suficiente para que nada embarace los movimientos del jinete, en ellos se ha buscado lo útil y práctico, sin tener para nada en cuenta la estética, reñida siempre con aquellos fines.

La montura es de modelo alemán, siendo su autor el oficial de aquel Ejército Sr. Guilleaume.

La Comisión española antes citada, no se ha limitado á copiarla; en ella ha introducido reformas que considera necesarias, y en armonía con las necesidades de aquellos á quienes se les destine.

Antes de que se decrete su uso, y con excelente acuerdo, ha sido vestida y equipada con él una sección del regimiento Húsares de la Princesa, que en un recorrido de 1.000 kilómetros (desde Madrid á varios puntos de Andalucía y regre-

so), verá prácticamente cuáles sean las ventajas é inconvenientes que tengan las diversas prendas.

Al regreso se modificará aquello que la práctica aconseje, subsistiendo lo que no necesite reforma.

Un soldado con el nuevo capote para la Caballería.

PÁGINAS MILITARES

La abuelita ó el estandarte de Coraceros de Algarbe

POR EL COMANDANTE DE INFANTERÍA
D. LUIS BERMÚDEZ DE CASTRO

Yo he conocido á la *abuelita;* conservo en la memoria los rasgos de aquella fisonomía, en que los años no habían podido borrar del todo el sello de una belleza espiritual, dulce, tranquila, como si aun estuviera velada por la tibia luz del sol, que rompe pocas veces las brumas de la costa dinamarquesa.

La *abuelita* era para mi juvenil entendimiento algo más que una venerable señora, respetadísima y querida por mi familia: era como un pedazo de Historia que perduraba con todo el perfume de otras edades heroicas y románticas. Intima amiga de mi abuela, allá en los verdes años de las dos, éranme familiares, por haberla oído desde mi niñez, los rasgos delicados de su carácter, su claro talento, y, sobre todo, el episodio de haber salvado y traído á España el estandarte del regimiento de Coraceros de Algarbe, bien que en la honrosa hazaña no hubiera ella puesto su intención, sino su cuerpecillo de *bebé.*

Doña Vicenta Oteiza y Nilorg, que así se llamaba la viejecita, conservó siempre una gran afección por los militares, y esto, con más el cariño que yo la profesaba, autorizó mis curiosidades, fué libre pasaporte para que yo revolviese sus papeles, con lo cual, y el relato que ya confusamente salió de sus labios, pude reconstruir el episodio que constituye una de las más curiosas páginas de la Historia militar.

***

Cuando Godoy y la irresoluta corte de España quisieron atarla al carro triunfal del primer capitán del siglo XIX, Napoleón Bonaparte, exigió que se pusiese á sus órdenes una división española, cuyo mando se confirió al marqués de la Romana. Destinó el Emperador estas tropas á guardar de un desembarco inglés, las costas de Dinamarca, su aliada, y á invadir, cuando llegara el caso la Suecia; pero si este era el motivo aparente, más quizá determinaba su exigencia el debilitar el Ejército español, restándole fuerzas que se opusieran á los planes ambiciosos del admirable corso.

Con tropas que guarnecían la Toscana (Italia), y otras que se sacaron de la Península española, formóse la división que, luego de diversas marchas, combates y otras peripecias de la guerra, fué á acantonarse en las ciudades de Hamburgo y Altona, allá donde el Elba entrega al mar del Norte el caudad abundoso de sus aguas.

Constituían la Infantería de la división los regimientos de Zamora, Guadalajara, Asturias y la Princesa y los batallones de Cazadores, 1.º de Cataluña y Barcelona.

La gente de á caballo eran los Coraceros del Rey, Infante y Algarbe y los Dragones de Almansa y Villaviciosa, acompañando el cuadro la correspondiente dotación de Artillería y Zapadores.

El mariscal Bernardotte, príncipe ya de Ponte-Corvo y después Rey, fundador de la dinastía sueca, gobernaba toda aquella región en nombre del Emperador de los franceses; así, pues, los soldados españoles estaban allí á toda su merced y talante, y al poner en práctica Napoleón sus designios de apoderarse de España, comunicó á su lugarteniente la conveniencia de diseminar las tropas españolas, para que no formasen un núcleo capaz de oponerse al estado de cosas proyectado por el genio de Bonaparte. Nuestros regimientos, pues, se dislocaron en pequeñas fracciones á lo largo de las costas dinamarquesas, al mismo tiempo que en Bayona abdicaba el Soberano español y los soldados franceses habían llegado al corazón de la Península.

El grito de independencia lanzado en Madrid el 2 de Mayo de 1808, llegó hasta donde las tropas españolas entre niebla y frío suspiraban por el ardiente sol de su Patria, y no fué milagro de acústica sino obra del teniente D. Martín de la Carrera, testigo y actor en la sangrienta jornada madrileña.

Las noticias que el joven oficial llevó á sus compatriotas, corrieron como un reguero de pólvora por todos los destacamentos españoles, y la mecha que encendió la hoguera del patriotismo fué la orden de Bernardotte de que oficiales y soldados prestasen juramento al Rey José.

Desde el marqués de la Romana hasta el último trompeta, nadie dió crédito á que el Rey José hubiese

sido jurado y aceptado por España; los regimientos se negaron rotundamente á jurar; el de Guadalajara dió muerte al ayudante del general francés Fririän, que era portador de la orden, y un pensamiento surgió en todos los españoles, un mismo grito se elevó entre todos los soldados: ¡A España! ¡A luchar por la independencia! ¡Muera Napoleón!

No era fácil la empresa sin ponerse al habla con la escuadra de Inglaterra que sondaba los mares del Norte. El teniente Fábregues, un catalán de pelo en pecho, logró comunicarse con los ingleses. En carta que este oficial escribió al padre de la *abuelita*, describe la aventura. He aquí sus párrafos:

«En este estado de desconfianza, fuí destinado desde la isla de Langueland á Copenhague con unos pliegos para un general francés. A mi regreso examiné escrupulosamente la costa, y habiendo hallado una lancha en casa de unos pescadores, les dije traía pliegos y que si querían llevarme á Langueland les pagaría bien, por el rodeo que me evitaban; convinieron en ello y observando yo, había tres navíos ingleses que estaban fondeados como á cuatro leguas, me arrebaté de un impulso de patriotismo, y sin más reflexión, tiro de sable y les digo me lleven á bordo de los enemigos; un soldado que iba conmigo, ignorante de mis intenciones, quedó sorprendido, y aprovechándose de esa sorpresa, uno de los marineros se apoderó de un fusil para resistirme. Viéndome en estos apuros me resolví á matarle antes que regresar á tierra, desde donde ya me habían observado; con un afortunado golpe hago caer el fusil de la mano del marinero, y no sé cómo, les hago á todos remar hacia los buques ingleses.»

Una vez el valeroso Fábregues en la escuadra, fué recibido con entusiasmo por los ingleses, pues entre ellos estaba el teniente de navío D. Rafael Lobo, enviado por la Junta Suprema de Sevilla con noticias del alzamiento nacional.

Poco después, y tras esfuerzos inauditos, conseguían reunirse en Langueland todos los regimientos españoles, menos la Infantería de Guadalajara y Asturias y los Coraceros de Algarbe, que más alejados no lograron llegar.

En el primer escuadrón de estos Coraceros sirvió como teniente D. Luis de Oteiza, y cuando á Horsens, pueblecito que guarneció el escuadrón, llegó la nueva de que podían embarcarse y volver á España, ya era tarde; el Rey de Dinamarca había mandado un Ejército para evitar la concentración de los españoles. Nueve mil pudieron abandonar á Dinamarca después de haber derrotado al general dinamarqués conde de Alsfeld; el resto, hasta catorce mil que componía la división, quedaron en poder del Emperador de los franceses.

El escuadrón de Oteiza, con el estandarte del regimiento, trotaba para unirse á sus compañeros por el camino de la costa; pero cortado y envuelto en Fridericia por quince escuadrones franceses, hizo alto y se dispuso al combate. Su capitán, D. Antonio Coste, era un antiguo emigrado francés que amaba á España.

Sin esperanza de salud y obligado á rendirse, el capitán Coste, no queriendo sobrevivir al fracaso de sus nobilísimos intentos, si situó frente á sus soldados y les dijo:

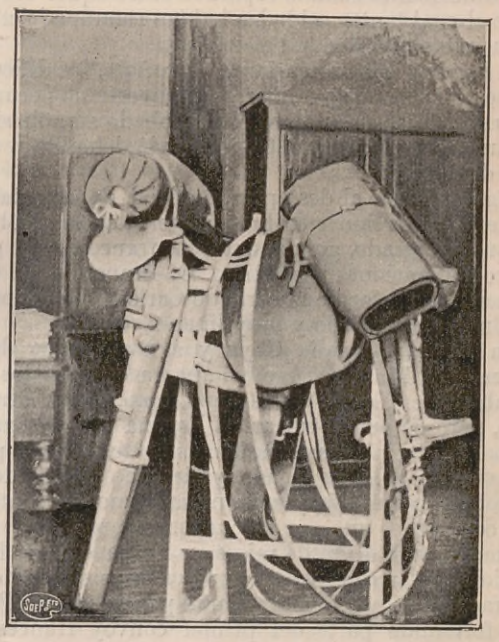
«Soy francés, pero debo á España la acogida más generosa. Para no pelear contra los que fueron mis compatriotas ni mostrarme ingrato con mi nueva Patria, voy á morir»; y sacando del arzón una de sus pistolas, se saltó la tapa de los sesos.

El teniente Oteiza arrancó de manos del sargento que lo llevaba el estandarte del regimiento, volvió riendas y á todo correr, sin que pudieran alcanzarle los enemigos, llegó á su alojamiento de Horsens, á la casa donde recibiera cariñosa hospitalidad, y entrando como una tromba en la estancia en que conversaba la familia de sus patrones, exclamó: —«Señor de Nylorg, vuestro huésped os trae su vida y el estandarte de su regimiento que vale mucho más; los franceses, que me persiguen, querrán apoderarse de él; á vuestra honradez me confío.»

– Señor oficial—contestó Nylorg—, de vuestra vida no puedo responder sino con la mía, porque ambas corren la misma suerte mientras honréis mi casa; del estantandarte puedo responder, porque vivos ó muertos nosotros los franceses no lo encontrarán.

Y tomando la enseña que Oteiza le presentaba, desapareció con ella por una de las puertas del aposento.

Desde la calle subía claro y distinto el ruido de las armas y el galope de los caballos.



La montura Guilleaume, reformada, que ensayará la Sección de Húsares, para la Caballería.

Dos años después de este suceso, el teniente Oteiza, que había logrado no ser prisionero de los franceses, lo era de hecho y de derecho de unos ojos azules; el señor de Nylorg había trocado su protección por el parentesco y era abuelo de una pequeñuela; el matrimonio Oteiza era la alegría de aquel hogar en que el amor unió por siempre una linda rubia dinamarquesa y un apuesto coracero español.

Pero el oficial se avergonzaba de su propia felicidad, mientras allá lejos, en su Patria, morían sus compañe-

ros de armas, haciendo inmortales á Bailén, Zaragoza y Gerona.

Su vuelta á España era una obsesión de su cerebro: Nylorg no se atrevió á luchar contra aquella idea que le privaría de su hija y de su recién nacida nietecilla. El viaje fué acordado en consejo de familia, y las influencias, juntamente con la bolsa del buen dinamarqués, proveyeron á todo.

Como barcos ingleses no abordaran á los puertos de Dinamarca, hubo que tomar pasaje en un velero francés, y luego atravesar toda la Francia venciendo las dificultades y sospechas que forzosamente despertaba la nacionalidad del viajero. Aun fingiéndose afrancesado, los equipajes del matrimonio eran escrupulosamente registrados; pero el estandarte de los coraceros de Algarbe no fué nunca visto por la policía imperial; los sabuesos del célebre Fouché no dieron nunca con aquel cuadrado de damasco rojo que lucía bordadas con oro las armas de España. El estandarte iba rodeando el cuerpecillo de una niña, era su abrigo, el colorcito de la Patria que le envolvía.

En cada ciudad en que los viajeros se detenían, nuevo registro y nuevo temor, pero el estandarte continuaba salvándose siempre y la pequeñuela parecía dormir más dulcemente cuando reposaba entre aquel símbolo sobre el cual tantos soldados habían estampado el beso de su juramento por la Patria.

Al llegar á la frontera franco-española, las dificultades se hicieron insuperables: los franceses no permitían pasarla á quien no tuviera bien probado su adhesión á las nuevas instituciones. Oteiza se vió detenido y vigilado de cerca.

Alguien habló al desesperado oficial de que tal vez pudiera proporcionarle libre pasaporte un español ilustre que, emigrado, gozaba entre los franceses de grandes consideraciones y prestigio. D. Francisco de Goya y Luciente, pintor de la corte de Carlos IV y hombre sin duda afrancesado y muy liberal.

En Burdeos residía Goya y á Burdeos se dirigió Oteiza. D. Francisco recibió al coracero con los brazos abiertos. «Yo no soy—dijo—como dicen, afrancesado, pero no puedo entrar en España porque tuve la lealtad de decir á los grandísimos brutos de mis paisanos, que su ídolo, su amado y deseado Fernando, era un soberano granuja, y mis paisanos no se contentaban con menos que con descuartizarme por esta franqueza; ya se lo dirán de misas su Fernandito y la inquisición. ¡Banastas, con los brutos de mis paisanos!

Gracias á Goya, el matrimonio penetró en la Península formando parte del primer convoy francés que había de conducir á España municiones, pertrechos, dinero y no pocos funcionarios bonapartistas.

En carromato, haciendo cortas jornadas, hostilizados noche y día por un enjambre de guerrilleros, la caravana atravesaba lentamente las provincias vascas.

Seis leguas antes de Vitoria, se detuvieron bruscamente los carruajes: las alturas que dominaban el camino parecía incendiarse por el fuego de la fusilería. La escolta del convoy, respondió bizarramente á la acometida, pero aquella vez el asunto no era cuestión de guerrilleros; la voz grave del cañón presagiaba que el combate no sería hazaña de una de las muchas bandas de patriotas que se desvanecían como el humo de sus propios disparos. El combate fué corto pero decisivo.

Los franceses abandonaron los carros y siguieron carretera adelante, sembrando el camino con sus muertos y heridos. Los batallones del general Mina bajaban del monte como lobos que acechaban su presa; el convoy quedó destrozado, deshecho, y no sin esfuerzo lograron los oficiales que se respetara á las personas, porque el odio no hallaba contención ni en la debilidad de la mujeres ni en la indefensión de los heridos.

Dióse á conocer Oteiza, y para vencer la incredulidad de sus amenazadores compatriotas, desciñó del cuerpecito de la niña el estandarte de su regimiento.

Mina honró al repatriado con un apretón de manos, adelantóle en nombre de la Patria el nombramiento de capitán, y con los honores de ordenanza hizo colgar el estandarte de Algarbe, del asta de bandera del batallón ligeros de Navarra.

Hoy, el estandarte del desaparecido regimiento, reposa entre otros, veteranos como él, en el Museo que custodian los soldados inválidos.

Oteiza, después de conquistar laureles en las guerras de la Independencia y de América, murió viejo, ostentando en su casaca los blancos entorchados de brigadier.

Su hija, la *abuelita* que yo conocí, decíame al relatar la historia de sus padres: «¿Crees tú, hijo mío, que haya habido en el mundo alguna Reina que tuviera tan buenos pañales como yo?

UNA GUERRA IMAGINARIA

(PINTAR COMO QUERER)

Los globos dirigibles tal vez hagan muy pronto posible algo de lo que un escritor alemán ha publicado recientemente en novelesco y fantástico relato con el título *Berlín-Bagdad*. En él se presenta una guerra fantástica entre Alemania y Rusia, que no podemos menos de extractar en su parte más curiosa, para que se vea adónde puede llegar la imaginación de un autor.

«El cronómetro del *Tiflis* marca las tres de la mañana del 20 de Abril de 1916, y el sol empieza á asomar por el horizonte. La tierra aun no se divisa con claridad.

—Dentro de cinco minutos, la flota estará encima del castillo de Berlín, anuncia Bend, comandante del buque almirante; no tenemos que recorrer sino 25 kilómetros.

—¡Alto!—manda el almirante Jouwarow.

Algunos segundos después, los buques que siguen al *Tiflis* anuncian por el telégrafo sin hilos que la orden ha sido ejecutada.

El buque almirante ordena entonces:

—¡Formad el cuadro!

Y 74 buques aéreos, unidos por largas pasarelas, forman un cuadro á 5.000 metros de altura: una fortaleza. El día va apareciendo. El buque almirante recorre los costados del inmenso cuadro.

En este momento un telegrama del *Taschkend*, destacado en avanzada, anuncia que una flota enemiga de cien buques se dirige hacia Polonia.

Jouwarow da la señal de ataque; cuatro minutos después, todos los buques se dispersan en distintas direcciones para empezar el bombardeo. El *Tiflis*, con el al-

mirante, está á 2.000 metros de altura, justamente encima del castillo real. Los restantes repartidos encima de los distintos cuarteles de Berlín.

No es posible la resistencia; los torpedos arrasan los alojamientos militares, sembrando la tierra de cadáveres. Ocho torpederos se lanzan á la vez sobre el cuartel Alejandro, que queda destruído.

Una segunda descarga se dirige al patio, donde el regimiento está reunido.

—¡Dispersaos pronto!—gritan los oficiales.

El patio resulta pequeño y las puertas estrechas. Después de un bombardeo de un minuto, el regimiento Alejandro queda completamente destrozado.

El pánico cunde por todas partes.

—¿Qué hay?- preguntan dos oficiales á un policía.

—Los globos dirigibles que bombardean la ciudad.

Las mujeres gritan desoladas.

Entonces se ven descender dos globos. Del más próximo cae un hombre, después otro. ¿Qué ocurre? Se oye una detonación y el globo más próximo vuela en mil pedazos. ¿Qué ha pasado? Un torpedo, lanzado por uno de los globos, ha hecho estallar al otro.

Los oficiales examinan el cielo con sus gemelos. A 1.500 metros aparece un globo.

—¡Es un enemigo! ¡Fuego á discreción!—grita el coronel.

Esas son sus últimas palabras. Apenas ha terminado la frase, cuando él, su ayudante y todos los que le rodean caen destrozados.

El enemigo encuentra por fin un adversario de importancia. El *Cáucaso* y el *Volga* se encuentran á 4.000 metros de altura y pueden abrir el fuego. Los rusos tiran bien, pero los alemanes son más fuertes.

Un obús alemán estalla encima del *Tiflis* y éste empieza á descender rápidamente. La envoltura de aluminio está destrozada. El descenso se convierte en caída.

Jouwarow salta por la borda provisto del paracaídas para evitar una muerte cierta. A pesar de los disparos que dirigen el resto de la flota, el *Thisbet* acude en auxilio del almirante. Arrojan su cable desde el globo y el náufrago es izado á bordo.

Algunos segundos después, el *Thisbet* se remonta á 2.000 metros y no tarda en desaparecer en el horizonte.»

¿Llegará con el tiempo á ser un hecho real la fantasía de este autor?

La pólvora como medicamento útil en los Ejércitos

POR EL COMISARIO
DON AUGUSTO C. DE SANTIAGO

Por tratarse de un medicamento que tiene por base principal un elemento guerrero, recojo de mi casillero y traduzco de la revista *L'Hygiene practique*, de París, el siguiente curioso artículo, que firma *DE G:*

«*Le Therapeutic Gazette*, entre otros detalles relativos al uso de la pólvora como medicamento, dice que el primero que lo recomendó al interior fué Rush, quien en el año de 1789 prescribió la pólvora en el tratamiento de las lombrices (gusanos intestinales), obteniendo con su empleo un resultado satisfactorio, debido, en su opinión, al nitrato de potasa, parte activa de este remedio.

Frente á la opinión de Rush está la del doctor H. Valentine Knaggs, autor de la Memoria que se analiza, pues entiende que los resultados obtenidos con este tratamiento estriban en el azufre. En efecto; el sulfuro de allilo, las aguas minerales sulfuradas ó el azufre, están desde hace largo tiempo reputados como poderosos antelmínticos.

A fines del siglo XVIII la pólvora ha sido empleada como desinfectante en la Marina inglesa, y, en corroboración de este dato, el doctor Lind, en su obra *Deseases of seamen*, publicada en 1774, recomienda quemar pólvora humedecida, en vasos apropiados al objeto, colocados en diferentes lugares del buque, para prevenir ó disminuir la infección.

En este caso, también está fuera de duda que es á los desprendimientos de los vapores sulfurosos á lo que se deben atribuir las propiedades antisépticas de la pólvora, siendo digno de notarse, en confirmación de dichas propiedades, que los obreros empleados en la fábrica de pólvora de Madrás (India inglesa) gozan el privilegio de una inmunidad completa respecto al cólera.

El mayor-cirujano Parker, al citar este hecho, hace notar que, durante la preparación de la pólvora, ésta se eleva á la temperatura de 500 grados, explicándose la inmunidad por la aspiración constante del anhídrido sulfuroso que se desprende en la preparación.

El autor recomienda con todo interés que para el tratamiento de la tiña se emplee una pasta semilíquida, compuesta de pólvora y zumo de limón, la cual se aplicará sobre la parte afectada dos ó tres veces al día, después de cortar cuidadosamente los cabellos alrededor de la misma.

Esta pasta se seca á la hora de ser aplicada, y para separarla es necesario lavar la cabeza con agua caliente fenicada ó embreada.

Con este remedio, aun en los casos más rebeldes á otros medicamentos, se ha conseguido una curación, después de seguir el tratamiento durante seis semanas ó dos meses todo lo más, pero para lograrla se necesita tener constancia en su aplicación, hasta que los cabellos broten completamente sanos.

Nadie duda que el azufre contenido en esta pasta es un agente activo; la mezcla con el zumo de limón y el carbón vegetal aumentan, probablemente, sus propiedades parasiticidas.

En efecto; Barlow ha obtenido excelentes resultados, prescribiendo contra la tiña lociones con sulfuro de potasio, aplicadas por mañana y tarde, las cuales dejaba secar sobre la parte afectada, siendo, además, de notar la admirable rapidez con que el ácido sulfúrico, aplicado localmente, cura esta enfermedad.»

Los individuos de la familia real dinamarquesa tienen cada uno distinta religión, y van, por tanto, los domingos á distintas iglesias.

—

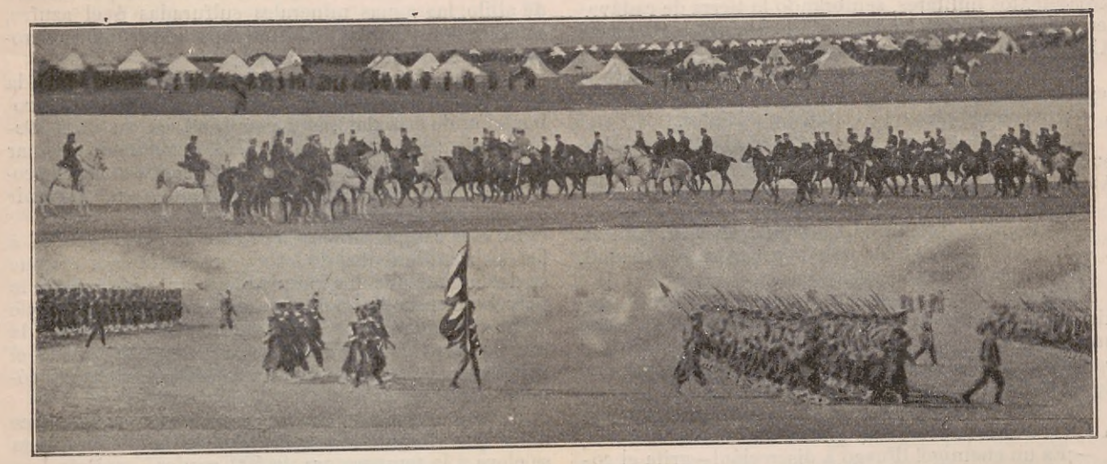
El Rey de Grecia cobra anualmente como tal Monarca, 1.200.000 pesetas.

Es el Jefe de Estado cuya lista civil es más corta.

—

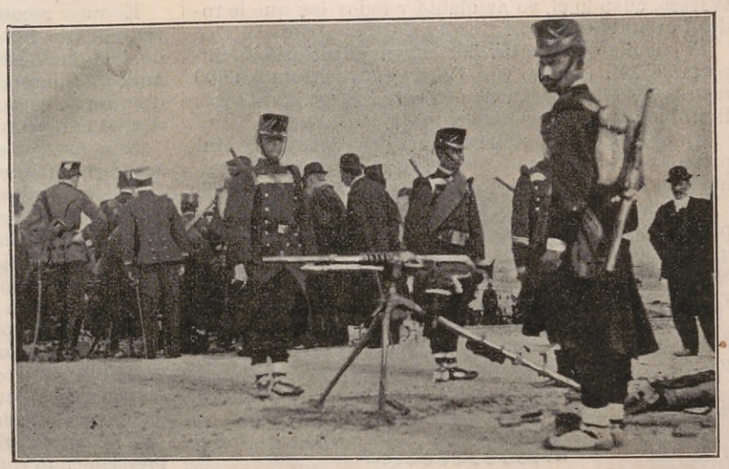
En Berlín hay siete cocheros que son oficiales retirados del Ejército.

LA DIVISIÓN REFORZADA, EN CARAANCHEL * DETALLES DE LA REVISTA

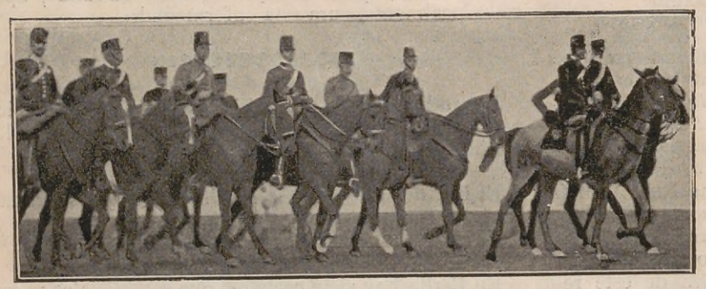


Vista del campamento.—Llegada de S. M. el Rey.—Infantería desfilando.

El ministro de la Guerra general Primo de Rivera.



Probando las ametralladoras.



S. M. el Rey y sus ayudantes.

El jefe del Estado Mayor Central, general Martitegui.

El general Aguilera, jefe de la primera brigada.

El jefe de la división, general Orozco.

El capitán general de Madrid, Sr. Villar.

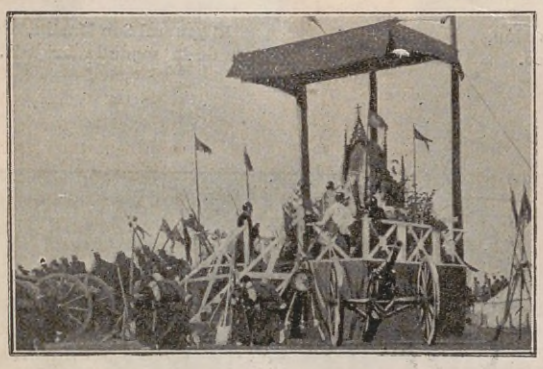
El coronel Sr. Fernández Blanco, del regimiento del Rey.

El general San Martín, jefe de la segunda brigada.

El jefe de la división con su Estado Mayor y ayudantes.

Preparando el rancho.

El coronel Sr Ca vo.
del Regimiento de María Cristina.



El altar.

Los grabados de las dos planas anteriores y de ésta, representan detalles de la revista pasada el domingo último 23, por S. M. el Rey á la división reforzada que manda el general D. Enrique Orozco.

Constaba dicha división de tres generales, 362 jefes y oficiales, 6.008 individuos de tropa, 623 caballos de silla y 319 de tiro, 294 mulos de tiros y 104 de carga, 24 piezas de artillería, ocho ametralladoras, cuatro carros de batería, 40 ídem de municiones, 40 ídem catalanes, 30 ídem modelo Blesa, cuatro ídem de línea, uno ídem de estación, dos furgones mixtos de cirugía y farmacia, dos ídem de tienda-hospital, ocho carruajes Lohner, un carro de efectos, 16 bicicletas y cuatro horros.

Varios detalles del campamento.

LA HEROÍNA DE ZARAGOZA, AGUSTINA DE ARAGÓN

¿Qué español desconoce los rasgos de valor llevados á cabo por aquella intrépida mujer que se llamó Agustina Zaragoza, durante los dos sitios de la heroica ciudad del Ebro?

La historia, la pintura, la literatura dramática, la poesía y la novela, han enaltecido y vulgarizado las hazañas de la heroína. Mas á pesar de esto, no se ha dicho todo cuanto de Agustina Zaragoza puede decirse.

Una feliz casualidad ha hecho llegar á nuestras manos datos y notas de autenticidad absoluta — ¡como que proceden de la propia familia de la heroína!— y de tan preciosos documentos vamos á servirnos para ofrecer á los lectores de El Mundo Militar este interesante relato.

Agustina al empezar el primer sitio.

Al empezar el primer sitio de Zaragoza, Agustina, que contaba entonces de dieciocho á veinte años de edad y estaba casada con un sargento de Artillería, se ocupaba tan sólo en las tareas propias de su sexo, sin que nadie hubiese sospechado la indomable energía y el valor á toda prueba de aquel corazón juvenil. Lamentábase, sí, nuestra biografiada, de las desgracias que en Zaragoza ocasionaban los franceses, y cuando se reunía con su marido, en los cortos momentos que éste podía consagrarla, comentaba con viveza los sucesos, procurando con sus frases excitar el patriotismo del soldado.

Así las cosas, en la mañana del 2 de Julio de 1808, día en que los franceses llevaron á cabo un ataque general, explotó una bomba en la calle donde Agustina tenía su casa, causando en ésta los cascos del proyectil grandes destrozos.

Abandonó la esposa del artillero su habitación, no tanto por el peligro que pudiera correr como por el ansia de enterarse de la suerte que á aquél le hubiera cabido en la lucha, y se encaminó hacia la batería del Portillo, diciendo á algunos vecinos «que iba en busca de su marido, para si le había llegado la hora de morir que fuera á su lado ó perecer los dos á la vez.»

AGUSTINA ZARAGOZA

Palabras textuales, repetidas muchas veces por la heroína al relatar aquellos sucesos.

El momento en que la intrépida Agustina Zaragoza llegó á la batería del Portillo de San Agustín, era verdaderamente decisivo para el ejército sitiador. Los cañones franceses habían abierto brecha suficiente para que los soldados de Bonaparte penetrasen en la ciudad casi todos, y los sirvientes de las piezas españolas, así militares como paisanos, habían sido muertos ó heridos.

Solo un artillero se mantenía en pie; pero al aproximar la mecha á un cañón de á 24, una bala enemiga le ocasionó la muerte.

En este instante supremo y cuando los soldados franceses llegaban á la brecha, Agustina arranca de manos del muerto la mecha ensangrentada, y lanzando un ¡viva España!, la aplica al cañón, cuya carga de metralla causa estragos en las filas enemigas.

Ante aquel rasgo de sublime valor, los pocos defensores de la batería que se habían salvado y que se hallaban ocultos en unas casas inmediatas, acuden de nuevo á la defensa. Se cargan los cañones una y otra vez, y entre gritos de entusiasmo los va disparando la joven, ante cuyo heroísmo y serenidad retroceden los franceses.

La hazaña de Agustina llega á conocimiento del general Palafox y ordena que aquella intrépida mujer sea llevada á su presencia.

La orden queda, sin embargo, incumplida.

La defensora del Portillo de San Agustín manifiesta que no abandonará su puesto en tanto que el ataque continúe.

Entonces, el capitán general monta á caballo, y seguido de su Estado Mayor y escolta, se presenta en la batería, quedando absorto de admiración al contemplar el cuadro que se ofrece á su vista, y en el que, como figura principal, aparece Agustina Zaragoza, heroica y sublime.

Don Francisco Atienza, teniente coronel, nieto de la heroína.

En un documento que tenemos á la vista, dice de aquélla el general Palafox:

«Hallándome en Zaragoza durante los dos memorables asedios que sufrió aquella heroica ciudad, siendo Capitán general y jefe superior del ejército y reino de Aragón durante la cautividad del Rey Nuestro Señor en Francia, se distinguió extraordinariamente doña Agustina Zaragoza por su valor y vehemente patriotismo, con particularidad en primeros de Julio de 1808, en la batería del Portillo, cuando estando ya sin defensores las baterías entró en éstas en el momento mismo de un ataque en que el fuego era espantoso, y viendo en medio del polvo y del humo caer al suelo muerto un sargento de Artillería que estaba haciendo fuego con un cañón de á 24, se lanzó al cañón, arrancó de la mano del muerto la mecha y siguió con la mayor intrepidez dando fuego á la pieza todo el tiempo que duró el ataque, por cuya heroica resolución, que me dejó sorprendido al considerar su corta edad, de diecisiete á dieciocho años, y su natural valor á la voz de ¡viva España! ¡viva el Rey Fernando!, que no cesaba de proferir, lleno de entusiasmo, creí de mi deber, en obsequio á mi Soberano, y en uso de las amplias facultades que me estaban concedidas y para estímulo de los demás, premiar tan heroica resolución, concediendo á dicha doña Agustina, á nombre de Su Majestad, la recompensa á que el muerto se hizo acreedor, cuya honrosa misión había tan dignamente desempeñado; puesto que el servicio que éste no pudo hacer por su gloriosa muerte, lo llenó la interesada tan cumplidamente que la batería sostuvo con entereza tan terrible ataque, y el cañón servido por ella hizo tantos estragos en la columna enemiga, que se vió ésta obligada á retirarse, dejando el campo cubierto de cadáveres franceses; y no solamente se distinguió esta valerosa joven en este día, sino que en todos cuantos ataques y acciones durante el primero y segundo sitio, era la primera á presentarse al fuego, exponiendo su pecho á las bayonetas enemigas, sin arredrarla el riesgo y las heridas que recibió. Y para que conste, etc.—*José de Palafox y Melzi.*»

Lo hasta aquí relatado es lo más conocido de cuanto nuestra biografiada realizó, siendo no pocos los autores que se limitan á ensalzarla por haber disparado un cañón una sola vez en el Portillo.

El general Palafox declara que la heroína acudió al segundo sitio, encontrándose en cuantos ataques y acciones tuvieron lugar, sin que le arredraran el riesgo y las heridas que recibió.

Así es, en verdad, y providencial parece, que llamándose Agustina Zaragoza sirviese de escenario á sus primeras hazañas la batería del Portillo de San Agustín y fuese Zaragoza la ciudad que defendía.

Agustina prisionera de los franceses. Consigue fugarse.

Derruída Zaragoza por el terrible cañoneo del segundo sitio y apoderados los franceses de la plaza, Agustina, enferma y herida de gravedad, se hallaba en uno de los hospitales de sangre en compañía de su esposo, también herido.

Sin consideración á su estado, ambos fueron conducidos á Francia como prisioneros de guerra.

Durante el viaje, estuvo la heroína expuesta á perder la vida.

Un soldado francés trató cruelmente á un prisionero, é indignada Agustina, le increpó duramente, llamándole cobarde.

Montando en cólera el francés, asestó á la intrépida zaragozana un bayonetazo en la clavícula derecha, y hubiera repetido los golpes á no impedirlo el oficial que mandaba la fuerza.

Llegados á Francia, Agustina y su marido fueron llevados á un hospital, donde se les pusieron centinelas de vista.

Restablecido el esposo, solicitó la libertad, y, aunque la obtuvo, no le permitieron volver á España.

La intrépida joven siguió prisionera y muy vigilada; pero puesto de acuerdo el matrimonio, Agustina consiguió fugarse, descolgándose por una ventana del hospital, valiéndose para ello de dos sábanas.

Una vez en la calle, nuestra biografiada trocó sus vestidos de mujer por un traje de hombre y emprendieron la fuga, caminando á pie durante la noche por sendas y vericuetos y pasando muchas privaciones, pues carecían de recursos.

Pidiendo limosna.

Al pisar tierra española, como aun tenían que andar muchas leguas hasta llegar á plaza de guerra que estuviese en poder de nuestro Ejército, Agustina y su esposo se vieron obligados á pedir limosna.

Acerca de esto refería la heroína á personas de su familia que el último óbolo que recibió antes de llegar á Teruel, donde se incorporó á banderas, consistió en una moneda de dos reales, moneda que la heroína conservó el resto de su vida guardada en una cajita de oro de las que entonces se usaban para el rapé, y que mostraba á sus amigos como una reliquia.

A partir de su llegada á Teruel, aquella mujer esforzada vistió con preferencia el uniforme de oficial.

Agustina con bigote.—En Esparraguera. Los austriacos.

Para estar más en carácter, la heroína adornaba su labio con un magnífico bigote postizo que su mismo esposo la regaló, y que la daba un aspecto verdaderamente militar.

Como con frecuencia sus jefes la encargaban comisiones reservadas, pues no sólo era valiente, sino astuta, en cierta ocasión tuvo que despojarse del uniforme y vestirse con arreglo á su sexo.

Ocurrióla esto en Esparraguera, donde sucedió lo que vamos á relatar.

Se hallaba Agustina preparándose para abandonar la población, cuando notó que algo anormal ocurría fuera de la casa.

Salió á la calle, y pronto se enteró de que el vecindario se disponía á echar abajo las grandes puertas de un mesón, con objeto de apoderarse de unos soldados franceses que, según la voz pública, estaban allí escondidos.

Comprendiendo la heroína el grave riesgo que corrían aquellos desgraciados, se abrió paso entre la multitud y se impuso á todos exclamando que lo que pretendían hacer era impropio de hombres valientes, agregando que ella se enteraría, y que si los soldados franceses eran dignos de castigo, las autoridades sabrían imponérsele.

No se mostraban los de Esparraguera muy dispuestos á ceder, pero enterado un vecino, que conocía á Agustina por haber estado al mismo tiempo curándose en el hospital, de lo que sucedía, empezó á gritar: ¡Alto, amigos míos! ¡Respetad á la mujer más valiente del mundo! ¡Ella sola ha matado más franceses que todo un ejército! ¡Paisanos, esa que tenéis delante es la heroína de Zaragoza!

Al oir esto, la multitud aclamó á Agustina, y cuando esto sucedía, las puertas del mesón se abrieron, ofreciéndose á la vista de las gentes un cuadro verdaderamente conmovedor.

Un cabo y cuatro soldados que vestían uniforme francés, se hallaban arrodillados ante la heroína, mostrándola un lienzo con la Virgen del Carmen.

Agustina les hizo levantar, habló con ellos, y entonces se averiguó que no eran franceses, sino austriacos que seguían mal de su grado á Napoleón, que á la fuerza les había hecho salir de su patria, con lo que todo quedó en paz.

Llegada Agustina á Tarragona, y cumplida la misión especial que se le había confiado, no pudo regresar al punto de su destino, pues las tropas francesas invadían todo el territorio.

En vista de esto, vistió de nuevo su traje militar y se presentó en Tortosa al general jefe de aquel cantón, de cuya autoridad es el siguiente certificado:

«Don Manuel de Lili é Idiáguez, Conde de Alacha, Señor de Lili, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos y Comandante supernumerario de Batallón en el Real Cuerpo de Guardias Españolas,

Certifico: Que hallándome de Comandante general del cantón de Tortosa y Gobernador de la plaza en comisión, se me presentó en ella, por el mes de Noviembre del año ochocientos y diez, doña Agustina Zaragoza, graduada de subteniente de Infantería, con el goce del sueldo de tal, según el Real Despacho dado por la Suprema Junta Central en Sevilla en 30 de Agosto de ochocientos y nueve, en atención á los distinguidos méritos que contrajo en los dos sitios de Zaragoza, y suplicándome la permitiera permanecer en dicha plaza de Tortosa, pues anhelaba continuar en hacer servicios á la Patria, á cuyo fin deseaba emplearse en ella. Convine en su solicitud, y durante el sitio estuvo empleada en una de las baterías hasta la rendición, correspondiendo con su serenidad y valor á la ventajosa opinión que se había adquirido en los dos ya citados sitios de Zaragoza, hasta cuya ciudad siguió la suerte de los demás prisioneros.—*El Conde de Alacha.*»

Otra vez prisionera.

Por segunda vez quedó Agustina en poder de los franceses, pero sin la compañía de su esposo, al que no volvió á ver hasta pasados diez años, en que creyéndole muerto, en un combate, según acta levantada por testigos presenciales, recibió una verdadera sorpresa al presentársele de nuevo.

Con motivo de un canje de prisioneros, ó por una concesión especial, pues las notas no aclaran este punto, recobró su libertad la heroina, incorporándose al Ejército del Norte, asistiendo á cuantas acciones tuvieron lugar, hasta la célebre y decisiva de Vitoria, distinguiéndose siempre por su valor, intrepidez y pericia, adquirida en los campos de batalla.

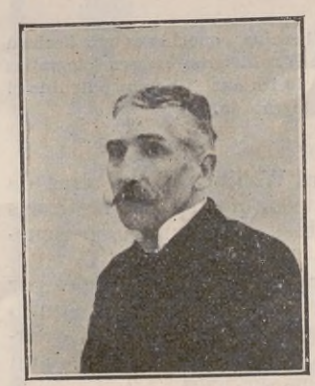
En campaña.—Artillera.—Wellington y la heroína.—Sus condecoraciones.—Honores de general.

En el que pudiéramos calificar de tercer período de su vida guerrera, la intrépida Agustina formaba parte de una batería de campaña, y, por tanto, cabalgaba continuamente.

Así asistió á la citada batalla de Vitoria, después de la cual prestó un servicio de gran importancia, descubriendo y recuperando un infinito número de objetos de plata y oro, procedentes de varias iglesias, y que ocultos en sacos llenos de trigo, se llevaban los conductores de un convoy.

Documento muy honroso para la heroína es el que copiamos á continuación, expedido por el mariscal de campo, D. Pablo Morillo.

«Certifico: que doña Agustina Zaragoza, subteniente de Infantería, con sueldo de vivo y efectivo, en virtud de Real despacho, expedido á su favor en 30 de Agosto de 1809, en recompensa de sus heroicos y distinguidos servicios, prestados en defensa de la sagrada causa de la Patria, en los memorables sitios de Zaragoza, cuyo patriotismo y abnegación la hizo brillar en el de Tortosa, ha continuado después sus buenos servicios en el Ejército que estuvo á mi mando, donde hizo prodigios de valor, especialmente en la memorable batalla de Vitoria, justificando también de este modo nada común, el concepto universal que tiene adquirido y que tanto la honra. Y para que conste, etc.—*Pablo Morillo.*»



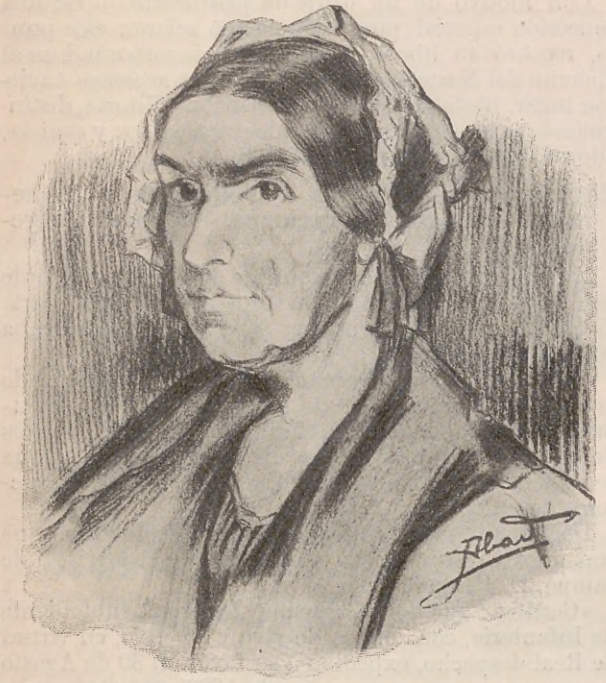
Don José Atienza, jefe de Negociado de Hacienda, nieto de la heroína.

Terminada la guerra de la Independencia, nuestra biografiada se trasladó á Valencia primeramente, y poco tiempo después á Andalucía, para reponer su salud, un tanto quebrantada con las fatigas de la campaña.

Encontrándose en Cádiz el general inglés Wellington, duque de Ciudad Rodrigo, llegó la heroína á la citada población, é inmediatamente fué á visitarla en nombre del Ejército de su país.

Como la guarnición de Gibraltar ansiara conocerla, se la ofreció un banquete en esta plaza, y á él acudió Agustina, pronunciando al final el caudillo inglés un brindis en castellano, para ensalzar los méritos de aquella mujer extraordinaria.

Las condecoraciones que lucía la heroína en aquella



El único retrato auténtico de la heroína conocido es uno hecho á lápiz dos años antes de morir. De él se hicieron escasas fotografías que conserva la familia y de una de las cuales hemos obtenido el presente fotograbado.

ocasión, se las cambió lord Wellington por otras de gran precio, adornadas con pedrería, siendo remitidas las primeras á uno de los Museos de Londres, pertenecientes al Estado.

El entusiasmo y la admiración del general inglés por la intrépida zaragozana eran tan grandes, que quiso llevarla á Inglaterra, para que la conociera el Rey Jorge; no accediendo Agustina, porque, según decía, aun podía necesitar España de sus servicios.

Al abandonar la heroína la plaza de Gibraltar, formaron las tropas, tributándola honores de general, con mando en jefe, y conduciéndola á Sevilla un barco inglés.

Agustina y Fernando VII. ¡Cien reales de sobresueldo!

Instalada Agustina en un pueblecillo de la provincia de Almería, quiso conocerla el Rey Fernando VII y nuestra biografiada se presentó en la corte.

La entrevista entre la heroína y el Monarca, fué cordialísima.

Agustina quiso arrodillarse ante el Rey, pero éste lo impidió diciendo: «Así no pueden estar los ardientes defensores de mi Trono. Son tantas las proezas que de ti me han contado, que deseaba vivamente conocer á la incomparable Agustina de Aragón.»

—Agustina Zaragoza me llamo, señor.

—Pero con el nombre de Aragón te ha confirmado aquella comarca, porque todo Aragón quiere para sí la gloria que conquistaste en Zaragoza.

—Está bien, señor.

—Ahora—agregó el Monarca—pídeme lo que quieras, que dispuesto estoy á concederte lo que desees.

—Mis deseos, señor, están plenamente satisfechos, —contestó la heroína—. Mi Patria está libre de opresores y V. M., vuelto del cautiverio, ocupa tranquilo el Trono de San Fernando. ¿Qué más puedo desear?

—Sin embargo, ¿no se te ocurre algo en tu provecho?

—Un oficial debe estar satisfecho con el sueldo que tiene y el empleo que ejerce.

—Muy bien. Mañana recibirás un recuerdo mío, para que veas que no en balde te ha hecho venir.

Efectivamente; la heroína recibió al día siguiente un oficio, en que se la comunicaba que S. M. la había concedido un sobresueldo de cien reales mensuales.

Vuelta Agustina á su retiro de Almería, dos años después se trasladó á Sevilla, donde su marido, que era ya capitán, fué á buscarla, teniendo la desgracia de fallecer á los pocos meses.

De este matrimonio quedó á la viuda un hijo varón.

Agustina Zaragoza casó segunda vez con un acaudalado propietario y doctor en Medicina, del que tuvo una hija llamada Carlota, viviendo el matrimonio, por espacio de algunos años, en un pueblo de la provincia de Sevilla.

Tanto para atender á la educación del hijo de su primer matrimonio, como á la de su hija, se trasladaron los esposos á la capital.

En Sevilla casó doña Carlota, por poderes, con el oficial de Administración Militar D. Francisco Atienza, que se hallaba en Ceuta, y á esta población fué doña Agustina, acompañando á su hija.

Allí sorprendió la muerte á la heroína, que entregó su alma á Dios el día 29 de Mayo de 1858.

De la familia de Agustina Zaragoza, sólo viven en la actualidad dos nietos, que tendrán la satisfacción de asistir al Centenario de los Sitios de la ilustre ciudad, pues es de suponer hayan sido invitados para honrarla con su presencia.

El Museo militar de París posee un ejército en miniatura, formado por 17.000 soldados de unos cuantos centímetros de altura, vestidos con todos los uniformes que se llevaban en la época de Napoleón I.

Fueron construídos por un alsaciano, que tardó bastantes años en realizar su obra.

Según cálculos de un desocupado, Napoleón I gastó en todas las guerras que sostuvo, 7.650 millones de pesetas.

MADRID.—Ambrosio Pérez y Comp.ª, impresores. Pizarro, 16. Teléfono 1.069.

EL MUNDO MILITAR

REVISTA DECENAL ILUSTRADA

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes,

Fundador propietario, MIGUEL GISTAU — Director literario, DANIEL COLLADO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 94 duplicado, apartado de Correos núm. 445.—MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN ESPAÑA

Generales, jefes, oficiales y asimilados	*Una peseta al mes.*
Retirados y alumnos militares	*Dos pesetas cincuenta céntimos trimestre.*
Clases é individuos de tropa	*Setenta y cinco céntimos al mes.*
Dependencias, Centros y personas no militares	*Seis pesetas al trimestre.*

El pago de la suscripción será por adelantado, pasándose cargo ó recibo mensual á quienes la Administración pueda efectuarlo. Rogamos á los señores suscriptores de provincias, á quienes por su situación no sea posible pasarles dichos recibos ó cargos, se sirvan remitir el importe de la suscripción por trimestres adelantados para simplificar el trabajo de la Administración y evitar retrasos en el envío de sus números. Suplicamos, al propio tiempo encarecidamente, hagan los pagos en libranzas de la Prensa ó Giro Mutuo, ó forma análoga.

EXTRANJERO.—Trimestre ..... *Seis francos.*

NÚMERO SUELTO, ***30 céntimos.***

ADVERTENCIA IMPORTANTE. — Con las suscripciones recibirán gratis en el trimestre, además de los números corrientes, un tomo de la biblioteca de ***El Mundo Militar***. Esta biblioteca tendrá carácter militar, y en ella aparecerán las obras nacionales y extranjeras de mayor renombre, alternando las novelas, obras científicas é históricas.

Los suscriptores de ***El Mundo Militar*** tienen opción mensualmente á un billete de la Lotería Nacional y á diferentes suplementos que oportunamente se anunciarán.

NOTA. Toda la correspondencia referente á suscripciones y demás asuntos administrativos del periódico se dirigirán al Administrador de ***El Mundo Militar***, *apartado de Correos núm. 445. MADRID.*—La relacionada con artículos, y todo cuanto no sea de carácter administrativo, al Director de ***El Mundo Militar***, *apartado de Correos núm. 445. MADRID.*

Joyería y Platería de Miguel Martínez

TASADOR AUTORIZADO

Montera, núm. 22.—MADRID

Venta de alhajas procedentes de testamentarías, encargos y reformas.

Relojería de Atilano Tendero (Antigua de Antonino)

Mayor, 27.—MADRID

Relojes de todas clases á precios económicos.
Especialidad en composturas por complicadas que sean.

HISPANIA

Academia preparatoria para carreras especiales y militares, dirigida por el capitán de Estado Mayor

D. Emilio Borrajo

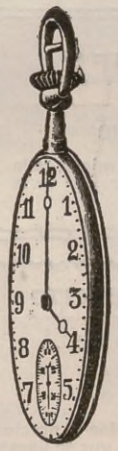
SAN ROQUE, 1, PRINCIPAL. — MADRID

LA JURA DE LA BANDERA

POR

D. Augusto C. de Santiago-Gadea

Obra recomendada á los Cuerpos é Institutos del Ejército y de la Armada, Escuelas públicas y Centros de enseñanza, por Real orden.—Precio del ejemplar, ***0,25 pesetas.*** Los pedidos ol autor, ***Ministerio de la Guerra,*** *comisario de Guerra.*—***Madrid.***



FABRICA DE RELOJES

DE

CARLOS COPPEL

Fuencarral, núm. 27

MADRID

Relojes extraplanos, gran moda, para señora y caballero, máquina fina; garantía de buena marcha.

N.º 5704	en caja acero (para caballero)	ptas.	40
N.º 5705	— plata — —	— .	52
N.º 5708	— oro, 18 kilates —	— .	115
N.º 5704 ½	— acero (para señora),	ptas...	40
N.º 5705 ½	— plata — —	— ...	52
N.º 5708 ½	— oro, 18 kilates —	— ...	115

Venta á plazos á los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.

CATALOGO GRATIS

BENEMÉRITO BRILLANTE

PATENTE DE INVENCIÓN NÚM. 14.104

No emplear betunes, barnices ni otros productos sin conocer éste

Indispensable á todas las armas del Ejército, Guardia civil y Carabineros

Lo mejor que existe en sus diversas variedades para la limpieza y abrillantado de los correajes, vainas y cartucheras Es la admiración de cuantos la emplean. Ni AJA, ni se CORRE, ni MANCHA. Es IMPERMEABLE, suaviza y conserva las guarniciones en estado perfecto y duradero, y su brillo es similar al propio CHAROL. Léase la circular remitida á cada punto.

Remítense gratis facturas de pedido, y atendemos cuantas explicaciones se nos pidan.

De venta en todas partes, y en el Depósito general, **Plaza Mayor, 11, segundo.—MADRID**

Precios del frasco: amarillo, **1,50** pesetas; blanco, **1,50**; negro intenso, **0,50**; avellana, **0,50**. Los pedidos, de 20 frascos en adelante, se sirven francos de porte y embalaje á la estación más próxima.

Viuda é hijos de Lahera

Almacenistas de instrumentos de banda. Fabricantes de cornetas, clarines y tambores reglamentarios en el Ejército y Armada.

Mayor, núm. 80.—MADRID

BENITO RODRÍGUEZ

CIRUJANO DENTISTA

Carretas, 13, principal. - MADRID

Practica toda clase de operaciones quirúrgicas de la boca y construye toda clase de aparatos proteaicos de la misma.

GALONES PARA EL EJERCITO

Medalla de plata en la Exposición internacional de Madrid de 1907.

FÁBRICA DE DELFÍN CELADA

Rollo, 8.—Madrid

Se remite á provincias toda clase de pedidos a precios económicos, y ***se cobrarán por cargo*** los que se hagan por conducto de cualquier individuo de la Guardia civil ó Carabineros. No se contestará á ninguna consulta que no venga acompañada de un sello de 15 céntimos.

SASTRERIA MILITAR

DE

JOAQUIN MINGOTE

Primera casa en España para toda clase de uniformes.

Mayor, 88, entresuelo.—MADRID

GRAN RELOJERÍA DE PARIS

L. THIERRY

El maravilloso reloj automático, núm 2.

La última novedad; sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; máquina fuerte, de áncora, precisión. Tiene una aplicación-fotografía, con un cerquillo-medallón, que se puede abrir y poner la fotografía que se quiera como recuerdo. Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. THIERRY. Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.

Su precio es de ***33,50*** pesetas, en seis plazos mensuales. Va por correo certificado, con aumento de ***1,50*** pesetas por franqueo.

L. THIERRY — Gran relojería de París.

Fuencarral, 59.-Madrid

Rogamos á los señores compradores, mencionen vieron estos anuncios en EL MUNDO MILITAR al hacer sus pedidos